

CONCLUSIONES.

1. La Microhistoria y los estudios sociales del racismo moderno y contemporáneo:

Aportaciones metodológicas

Lo que en este proyecto de investigación se ha entendido como “microhistoria”, tiene como una de sus características, buscar, como dice Barth, las incongruencias de los sistemas explicativos que sólo favorecen al nivel del *status*, es decir, la explicación macroestructural. Este tipo de interpretaciones, que son las usadas por la mayoría de los científicos sociales, debido a que utilizan una sola escala interpretativa, se ven limitadas a observar los comportamientos minoritarios de los actores sociales. Estos, por lo tanto se convierten en temas ubicados al “margen” de los “grandes” tópicos históricos nacionales: Este es el caso de la matanza de chinos en Torreón, Coahuila en mayo de 1911. A su vez, como se recordará en el capítulo 4, se desarrolló un extenso apartado que entre otros objetivos, tenía el de esclarecer que la matanza de chinos en Torreón corresponde dentro del sentido del análisis teórico, a un estudio sobre *racismo*, o bien *etno-racismo*, tratando con esto de hacer una crítica a las explicaciones de varios de los historiadores sobre el antichinismo en México, que si bien, sí observan “elementos raciales” en dicha problemática, pero acaban olvidándose de ellos y los inscriben dentro de una “problema socioeconómico de minorías” (explicación *étnica*), pasando por alto muchas escalas interpretativas que pueden contribuir a la problemática a investigar. Por lo anterior, se puede establecer un *punteo teórico* en considerar a las problemáticas raciales en México (donde está ubicada la matanza de Torreón) como ubicadas al “margen” de los grandes temas –en este caso revolucionarios- de la historia nacional mexicana. De esta manera, la microhistoria encuentra su punto de entrada en esta investigación.

Los teóricos sobre estudios raciales consultados para esta investigación, en especial Wiewiorka (1992) y Van Dijk (2003), a pesar de no mencionar explícitamente alguna problemática que se pueda abordar dentro del campo de la microhistoria, llegan a hipótesis y/o conclusiones dentro de sus temas, similares a la metodología desarrollada en esta investigación. De esta manera, el análisis conceptual de la violencia racial en Wiewiorka (véase capítulo 4), presenta líneas metodológicas muy similares a las expuestas por Barth (1981) o Rosental (1999) en ver este tipo de violencia como una “acción instrumental”, determinada por los intereses de quienes participan en ella: *“Es un punto de vista utilitarista que está muy presente en la teoría de opción racional y que sugiere que la violencia está ligada a la esperanza de alguna ventaja para el protagonista”* (Wiewiorka 1992: 158). Lo anterior, en términos de Barth y su análisis del comportamiento minoritario de algunos barcos pesqueros noruegos, se entiende como la búsqueda de los elementos que hayan sido determinantes en la “toma de decisión” de los actores sociales del hecho histórico -en esta investigación, el porqué asesinar a 303 chinos de maneras brutales en tan sólo 3 días-. Sin embargo, el propio Wiewiorka hace una crítica hacia esta forma de concebir la violencia racial, mencionando la subjetividad de los actores como un punto importante a considerar: *“La violencia racista es un fenómeno histórico y, como tal, depende de rumores, causas o factores que hacen que cada acto de violencia sea un acontecimiento único [excepcional] aunque se reproduzca de forma idéntica”* (160). La problemática presentada por el autor encuentra una resolución en las aportaciones metodológicas de Carlo Ginzburg usadas en esta investigación: El manejo y constante “juego” micro-macro-micro, para poder diferenciar y relacionar comportamientos individuales o colectivos, ya sean locales, regionales, interregionales, nacionales e internacionales. Así como el grado de *excepcional* (único) que presenta la violencia racial

(la matanza de Torreón) permite ver sus particularidades, pero a su vez enclavarlas dentro de las *generalidades* normativas de un odio y prejuicio contra el “otro” (al antichinismo en México), lo *excepcional-normal*. Por último, Wieviorka cuando expone los “espacios” de esta violencia racial –europea, por supuesto-, pareciera que elabora la descripción del contexto histórico, tanto regional como nacional, de la matanza de chinos en Torreón al ubicar las manifestaciones raciales agresivas dentro de un Estado demasiado lejano, de preferencia fronteriza, en donde en el nombre del “orden”, despliega su violencia: *“El racismo puede constituir un instrumento del que se sirve un régimen en situación de crisis o debilitado, para validar su influencia o sus dificultades imputadas así en un chivo expiatorio”* (1992: 161).

2. Consideraciones finales: Alcances y carencias de la investigación.

La revisión historiográfica redactada al inicio de este proyecto, abarcó no sólo el acontecimiento en cuestión, sino sirvió también para dar un panorama a nivel macro del desarrollo histórico de la inmigración, desarrollo y rechazo que sufrieron varias colonias de inmigrantes chinos en México, principalmente en el norte y noroeste. Lo anterior permitió ubicar cronológica y contextualmente a la matanza de chinos en 1911, hecho que fue el más violento, tanto por la forma de los asesinatos como por la cantidad de muertos, que haya acontecido en el país contra estos inmigrantes. Sin embargo, la revisión historiográfica también mostró que las explicaciones expuestas tanto por historiadores del movimiento antichino en México como los concentrados en los asesinatos de 1911, mostraban algunas incongruencias dentro de sus sistemas explicativos, por ejemplo el porqué en Sonora, siendo el estado donde nació y tuvo más auge el antichinismo en México, institucionalizado por la “dinastía sonorensis” en los 1920’s, no se dio un hecho tan violento y sanguinario

como la muerte de los 300 chinos en Torreón; o bien tampoco se explica porque los maderistas de Chihuahua y Sinaloa donde existían grandes colonias de orientales, no se haya originado un hecho tan trascendente como el de la Laguna. Por lo tanto, dentro del tema de los asesinatos de inmigrantes chinos en Torreón 1911, no *estaba todo dicho*. Por este “simple” hecho, este proyecto encuentra su validez, su *razón de ser*.

Sin embargo, sería necesario explorar otros caminos teóricos y metodológicos para poder aportar realmente piezas nuevas para armar el rompecabezas del acontecimiento, o como diría Duby, ver al tema desde “otro” ángulo. Esta interpretación “diferente” del hecho histórico estudiado, tendría que recaer en una metodología o conjunto de metodologías que permitieran, tanto servirse de los modelos explicativos de escala macro de los estudios mencionados en la revisión historiográfica, como de explicaciones ubicadas más en lo micro; la misma naturaleza del hecho histórico lo requiere. Por lo anterior expuesto, el cuestionamiento central era poner en tela de juicio que el acontecimiento de 1911 sea un hecho espontáneo llevado a cabo por “turbas ignorantes y cabecillas menores”, como lo han ubicado tanto las investigaciones encontradas en las fuentes como en los estudios históricos sobre la matanza. A su vez, esto permitía suponer que los actores involucrados en el hecho histórico no habían actuado espontáneamente, y que detrás de este supuesto comportamiento, existía una toma de decisión consiente en los personajes del acontecimiento. Esto fue desarrollado metodológicamente por Fredrick Barth en el campo de la antropología social y por Rosental dentro de la ciencia histórica (véase capítulo 2). Lo anterior sirvió para tratar de buscar una posible “toma de decisión” de los maderistas laguneros y miembros de la cultura popular participante en el hecho, y este por lo tanto analizarlo como un acto consciente de ciertos actores sociales, que les aportaría, o suponían que lo haría, una ganancia o retribución para quienes estuvieran involucrados en el evento.

En su análisis, Barth se enfoca en las “conexiones” del actor social, esto le permite ir más allá que encasillarlo dentro de un comportamiento “normal”, estructural, ya que estas develarán las ganancias o pérdidas de los personajes en la toma de decisión. A su vez menciona que lo más importante para lograr lo anterior es conocer los incentivos y las limitantes que hacen que el actor decida hacer tal o cual cosa: la *Transaccionabilidad*. A través de este modelo procesal se evidencia el status jerárquico de los individuos (los jefes y subordinados), observando Barth, que la transmisión de mando que se da por medio de transacciones entre los actores, no se da por medio de imposiciones inflexibles o autoritarismo, ya que para hacer que los subordinados se ajusten a las órdenes de los jefes, tiene que haber *concesiones* de estos hacia sus dependientes, para que estos en momentos de crisis, como una lucha armada, puedan responder a favor de la clase dirigente de la red social. Lo anterior empezaría a develar una posible toma de decisión de los actores. Las concesiones entre jefes maderistas y soldados laguneros se empezó a vislumbrar observando las relaciones, de por sí conocidas, cercanas y “estrechas” entre Francisco I Madero con sus peones y pueblo lagunero en general. A este respecto, Meyers (1996) menciona la relación cercana entre ambos: “*La familia Madero adquirió gran reputación no sólo por el buen trato que daba a sus trabajadores, sino por utilizar a esta leal fuerza de trabajo como un ejército privado. Cuando en 1910 los hacendados de la región se levantaron en armas, sus peones lo secundaron*” (125). En las haciendas administradas por Francisco I Madero, eran comunes –más que en otras haciendas- los incentivos y las oportunidades de trabajo, viviendas, cuidados médicos, problemas financieros, inclusive *apadrinaba a sus hijos y hasta se aprendía sus nombres*” (170). Lo anterior desecha la idea de que los “actores” de la matanza, las “turbas enardecidas” hayan estado ajenas a los grandes dirigentes revolucionarios en la Laguna, evidenciando a su vez, una posible

transaccionabilidad entre las jerarquías militares, que al fin y al cabo llevarían a la toma de decisión. Esto se ve más claro en otra cita de Meyers donde menciona que jefes maderistas laguneros, aunque no da nombres se asume por lo encontrado tanto en las fuentes consultadas como en la bibliografía sobre la revolución en la Laguna a Sixto Uglade, Benjamín Argumedo, Orestes Pereyra y Agustín Castro entre los más importantes, al momento de reclutar en el campo a nuevos soldados para la toma de Torreón, la última Plaza en caer en la zona, prometían a los trabajadores agrícolas “*algunas horas de saqueo, considerables aumentos futuros en jornales y adquisición de tierras*” (1996: 312). Esto pone a la matanza como un posible hecho premeditado por los jefes maderistas y secundado por el pueblo participante “concediendo” sacar “sus frustraciones” en contra de estos inmigrantes y sus negocios. Lo anterior es una hipótesis que necesitaría de más fuentes para su comprobación. Sin embargo, quedarse con esta explicación sería favorecer la idea de una masa popular carente de raciocinio e imposibilitada de producir sus propios valores culturales y despojarla de su “responsabilidad” dentro de la matanza. A su vez, ¿cuál sería la ganancia o retribución que obtendría la élite revolucionaria con mandar a asesinar a 303 chinos de maneras tan brutales como tomar a un adolescente oriental de los tobillos y azotar su cráneo contra un farol? Debía de existir “algo más” para que esto haya sucedido.

Retomando a Ginzburg y la importancia de la cultura popular como *verdadera* generadora de una cultura con valores propios y con arraigo en la cosmovisión de sus actores, se decidió tratar de explorar y diferenciar la cosmovisión tanto de la élite revolucionaria como de la cultura popular, para averiguar algunas de las posibles causas que permitieran que el acontecimiento se llevara a cabo. Lo anterior partió del análisis historiográfico de los trabajos sobre la inmigración china a México, en donde se evidencia un fuerte racismo antichino en México desde mediados del siglo XIX, con la llegada de los

primeros *coolies*, hasta la tercera década del siglo XX. Sin embargo, las explicaciones sobre un *etnicismo*, es decir un rechazo por cuestiones socio económicas, no explicaban la excesiva violencia del evento. Por lo tanto se recurrió a explicar el fenómeno como una manifestación del racismo moderno en México. Este se manifestó en las élites revolucionarias debido a lecturas de teóricos raciales europeos del siglo XIX con el objetivo de buscar una nueva cohesión nacional por medio de una figura puramente racial (el mestizo). En esta búsqueda, las élites se asumieron plenamente el modelo de civilización occidental, trayendo consigo todo los prejuicios que esta tenía hacia lo no europeo. En este contexto, el *ser chino*, el *chineseness* adjudicado a los inmigrantes orientales en México, representaba todo lo negativo que podía llegar una raza; por lo tanto su mezcla y su contacto con una civilización superior (como la mestiza) traería consecuencias fatales hacia la nueva ideología nacionalista y su “punta de lanza” en el mestizo, el cual tendría entre sus características, la fisonomía aria. Mientras que en la cultura popular del norte de México, existía este antichinismo pero se daban en forma de prácticas sociales producto de la formación de prejuicios populares, donde la raza seguía involucrada, que apelaban al miedo y a la repulsión del chino por ser completamente *extraño* al mexicano. Una de estas formas son las señaladas por esta investigación como *lenguaje jocoso antichino* prevaleciente hasta el presente. En el caso de la matanza en 1911, es evidente que en el acontecimiento fue posible vislumbrar tanto prejuicios raciales del *ser chino* ubicados en la cosmovisión de las autoridades mexicanas que llevaron acabo las investigaciones sobre la matanza, como en prácticas de violencia racial que rebasaban el simple hecho de matar y tenían una profunda trasgresión y repulsión hacia los asesinados. Ambos tipos de cosmovisión se conformaron dando “luz” a lo hechos de mayo de 1911. Sin embargo, lo anterior no revela el porqué los revolucionarios maderistas sinaloenses,

duranguenses, etc. no asesinaron a 300 orientales como lo hicieron tanto los jefes como soldados laguneros en 1911. Es necesario regresar al acontecimiento para buscar estas causas.

Los historiadores de la Revolución maderista en el norte de México, y en especial los de Laguna, hacen mención de la importancia del movimiento magonista en la zona, ya que estos habían organizado levantamientos armados en Coahuila y la región lagunera desde 1906, a su vez menciona la importancia central de estos en el levantamiento del 20 de noviembre, ya que eran los únicos que tenían experiencia en las armas (el mismo Benjamín Argumedo era señalado como un viejo magonista). Esto pasa a ser un puente que alimente la toma de decisión de algunos soldados de asesinar a los orientales el 13, 14 y 15 de mayo, ya que como se analizó en el manifiesto del PLM, la raza china era la única *verdaderamente* despreciable, ya que como se analizó anteriormente si bien las razas occidentales, blancas, no eran bienvenidas, hasta ellas podrían aportar más, étnica y racialmente, a la nación mexicana. Hasta aquí se ha tratado de contestar la hipótesis sobre las ganancias que pudo tener los miembros de la cultura popular (subordinados) participantes en la matanza de 1911: las supuestas promesas de saqueos como retribución a su lealtad en la batalla, así como la defensa del destino de su “economía, raza y cultura” en contra de la “invasión amarilla”. Sin embargo, cuando las jerarquías dentro del grupo cambian también lo hacen los motivos. Esto se pudo observar al tejer las redes de sociabilidad entre los jefes maderistas laguneros –que resultaron tener mucha mayor importancia jerárquica que se les atribuye en otras obras históricas- con los máximos dirigentes revolucionarios, Emilio y Francisco Madero. Como se ha mencionado, las fuentes señalaron como “posibles culpables” a los principales cabelleros encargados de tomar la Plaza, sin embargo tanto las investigaciones como la aplicación de “castigos severos” a

los culpables se desvanecieron con el paso del tiempo. Esto más que ser una distracción, parece una evasión totalmente premeditada al averiguar el destino de los presuntos implicados en los acontecimientos: Tanto Argumedo, Pereyra, Castro y Ugalde parecen haber recibido una “ganancia o retribución” por lo sucesos acontecidos en 1911 al encontrarlos como “revolucionarios de honor” laguneros y miembros del primer ayuntamiento maderista de Torreón. Con la reconstrucción de vínculos cercanos entre estos jefes y Francisco I. Madero, se trastoca la posibilidad, muy tangible por cierto, de que Madero si bien no ordenó o tomó parte de la matanza, sabía que este hecho serviría como una manera de retribuir tanto a sus soldados como a los jefes regionales, permitiendo el saqueo y asesinatos a los chinos habitantes de Torreón. Lo anterior está reforzado con el análisis de los elementos raciales –antichinos y mestizófilos- encontrados en el discurso maderista, donde Madero manifiesta su pensamiento sobre la “raza china” como una raza y cultura inferiores al “mestizo occidental” y por lo tanto nocivas para esta raza predispuesta divinamente a superar a las más avanzadas, claro, siguiendo el camino de la raza aria.

A su vez y con el fin de acercarse lo más posible a comprobar las hipótesis de esta investigación, se siguieron buscando y analizando diferentes “caminos” (algunos ya trazados por otros estudios históricos y otros delimitados en esta investigación) para obtener respuestas, tanto en lo micro como en lo macro, más acertadas sobre el tema en cuestión. Estas formaciones de *escalas configuracionales* como las llama Rosental, son las que han permitido metodológicamente a esta investigación ir develando gradualmente los lazos y vínculos entre los actores, instituciones e ideologías, para poder armar el “rompecabezas” que representa la complejidad de un hecho histórico con las características de la matanza. A su vez, estas escalas representan “transgredir” los campos tradicionales de la ciencia histórica (historia política, económica, de las mentalidades, cultural, etc.) para

buscar en la *transversalidad* las piezas “mas adecuadas” para armar el “cuadro general” del acontecimiento. Estos constantes cambios llevaron a “husmear” dentro de la historia económica de la laguna de una manera un tanto superficial –o más bien hipotética- ya que para esta parte de la investigación se contaba con un número de fuentes muy reducido y de muy limitada información, ya que como ya se mencionó, todos los documentos tanto del Banco Chino como del registro de la propiedad del periodo revolucionario fueron destruidos en la toma de Torreón en mayo de 1911. Sin embargo, queda una interesante línea de investigación a través del análisis de documentos económicos, si es que los hubiera, de finales del periodo porfirista (compra-venta, pagarés, prestamos, letras, hipotecas) para observar el alcance real de las posibles redes y vínculos de tipo monetario entre algunos miembros de la élite agroindustrial lagunera de filiación maderista con los chinos considerados del clase propietaria (por la tenencia y especulación de la tierra) que eran de igual manera grandes comerciantes y, si las fuentes económicas así lo mostraran, prestamistas desde pequeñas cantidades (tenderos y trabajadores) hasta grandes sumas y altos intereses para el mantenimiento de la producción algodonera, acrecentándose aún más los prejuicios y prácticas antichinas tanto en la cultura popular como en la élite lagunera.

A su vez, el comportamiento de los actores sociales dentro de la matanza se encontraba en un momento coyuntural (la lucha armada), en donde el actuar de los personajes en esos instantes pudiera parecer irracionales para un modelo que carezca de “flexibilidad” metodológica para realizar cambios de escala. Barth lo llama “comportamiento minoritario”, y es visible a diferentes escalas configuracionales. De esta manera se definió primeramente el comportamiento minoritario del grupo revolucionario con respecto a otras élites en el poder (los porfiristas, reyistas, científicos) mencionado que

en los rebeldes el sentimiento antichino se ve encrudecido por las prácticas antichinas y la adopción del discurso racial para “cientifizar” su rechazo o exclusión. A su vez se definió el comportamiento minoritario de los maderistas y su líder respecto a otros grupos revolucionarios, señalando su influencia ideológica proveniente de magonismo –y su abierto antichinismo-. También se señaló este tipo de comportamiento en diferenciar entre *los* maderistas y los maderistas de norte de México, donde a diferencia de los rebeldes del centro o sur del país, los primeros fueron asociados directamente a asesinatos –como en la matanza de Torreón- y actividades antichinas (para estos el antichinismo era una cuestión de preocupación nacional). A su vez se señaló las diferencias entre estos y los maderistas de la Laguna al encontrar razones en lo “micro”, ya mencionadas, para que pudieran tomar la decisión de asesinar a los inmigrantes chinos. En este sentido, la investigación presentada careció solamente del análisis del comportamiento minoritario en la menor escala, es decir, explicar el porqué Leónides González, Cristino Hernández y José Cadena y esposa arriesgaron sus propias vidas para proteger a los chinos que lograron huir de la masacre y esconderse en algún punto de la ciudad.; posiblemente existían vínculos cercanos (familiares, económicos, religiosos, etc.) entre estos y algunos miembros de la colonia china en Torreón.

Al fin y al cabo, esta investigación sobre la matanza de chinos en “la perla de La Laguna” ocurrida los días 13, 14 y 15 de mayo de 1911, pretende inscribirse dentro de las obras, todavía escasas, que abordan la historia de los problemas raciales en México respecto a minorías extranjeras, enfocándose a las consideradas “no europeas”, para que de esta manera se vaya fortaleciendo el corpus historiográfico mexicano sobre estos temas. A su vez se pretende dar una introducción de la metodología de la llamada escuela de la microhistoria italiana y francesa como una herramienta muy útil para detectar las

incongruencias de las explicaciones *puramente* estructuralistas y aportar nuevas piezas a los “rompecabezas” de los muchos y variados temas de la historiografía mexicana.